

DEPORTADA

LILY LEBOVITS

Hace unos meses Jean Meyer nos envió un manuscrito singular: *Deportada*, de Lily Lebovits. El libro se compone de dos partes. La primera, desgranada como un rosario de temas tan fundamentales como el sufrimiento, el miedo, la solidaridad, la libertad, el superhombre, etcétera, se refiere a la experiencia de la autora en los campos de Auschwitz y Birkenau durante la segunda guerra mundial. Pero, como lo comprobará el lector a través de los fragmentos que ofrecemos en esta edición, no se trata de un simple testimonio, sino más bien de una profunda e intransigente reflexión sobre el sentido de dicha experiencia infernal. La segunda parte, "El cuaderno de Heidelberg", evoca otra historia, igualmente sinica y sagrada: el amor efímero, absoluto, truncado por la Historia, entre la autora y un joven alemán, en los años inmediatamente anteriores a la guerra. Antes de morir, Lily Lebovits quiere saber lo que ha sucedido con Willi Schreiber, el joven de la "sonrisa radiante"... La contigüidad de las dos partes le confiere al libro, que pronto aparecerá con el sello de la editorial Verdehalago, una intensidad estremecedora, un verdadero sesgo de excepción.

FABIENNE BRADU

A mi sobrino Pierre Lebovits, detenido a la edad de quince años en el liceo de Clermond-Ferrand, muerto junto con su madre en una cámara de gas, a su llegada a Auschwitz (1943).

Al editor,
al lector,

Ir a donde Dios nos lleva:

Primero, a un acontecimiento como "Auschwitz" que engulle bajo su enormidad otro acontecimiento personal e íntimo que, por estar igualmente cargado de eternidad, también merece ser recordado, a su debido tiempo.

A quien escuche le tocará reconocer, entre el ruido y la furia del primero, las voces de las insensatas atormentadoras del viejo rey y, en el otro, las que, celebrando el amor, celebran al unísono la vida y la muerte.

LOS DÍAS DE NUESTRA MUERTE
DAVID ROUSSET

Lo que constituye el valor singular de nuestra experiencia en los campos es que, por ser deportados raciales, a diferencia de los resistentes, no estuvimos allí en virtud de nuestros méritos, sino más bien por carecer de méritos, por un capricho del destino. Nuestra aventura no es una aventura de guerra. Éramos seres indefinidos, repentinamente arrastrados a la muerte, y allí estábamos hundidos en nuestra última noche. Noche de puras tinieblas que ningún consentimiento previo, ningún sacrificio aceptado, legitiman, ni humanizan, ni glorifican; noche desconcertante en la que uno, al vigilar su propio esqueleto, tiene que encarar, a un mismo tiempo, su propia muerte y su propia vida.

Sin duda, semejante noche es parecida a todas las noches de agonía. Las circunstancias pertenecen al orden de lo accidental. Queda un ser que la muerte se va tragando.

Todo recuerdo abolido. Deshechos los lazos más apretados del amor. Sin embargo, el amor no sólo justifica y resume la vida anterior, sino que también ilumina el más allá, constelación increíblemente fulgurante del futuro.

Eso es lo que vislumbramos entre las angustias de la carne torturada: la mutilación de lo que fue en su principio, y la certeza, al perderlo, de reencontrarlo al fin.

LA NOCHE DE WALPURGIS

El universo concentracionario, eso es lo que no debe olvidarse cuando se habla del nazismo: fue la coronación diabólica de su obra, el testimonio cumplido, en la forma y el espíritu, del horroroso genio que lo inspiró.

A diferencia de muchos otros, ¡ay!, esos campos no fueron abyectos por inercia, por incuria, porque hubiesen sido entregados a subalternos rudos e ignominiosos. Fueron concebidos, planeados hasta en su más ínfimo engrane, en la tortura más trivial; fueron

organizados gracias a grandes y costosos esfuerzos, a una aplicación metódica de la inteligencia, la invención, la técnica.

Los campos de concentración eran una construcción privilegiada entre las grandiosas que el nazismo se proponía realizar, y fue la única que, si bien no alcanzó la envergadura anhelada, se cumplió cabalmente.

Son la creación ejemplar del nazismo para sus fines mágicos de imponer el terror, primero en Alemania, donde los misteriosos K.Z. que todo el mundo conoce sin haber visto jamás, alimentan el miedo. Pero, el procedimiento diabólico funciona dentro de los campos:

¿Cuál es su fin? Aniquilar a los "opositores", pero no aislándolos, ni castigándolos. Se trata de algo muy distinto. El "opositor" deja de ser un adversario, es decir, aunque un enemigo, un "semejante".

Se trata de demostrarse y de demostrar al otro que ya no es un hombre, ni siquiera un animal, sino un excremento.

Se trata de mudar a un ser humano en excremento. Para excretar.

La sonrisa helada del S.S. ante su víctima que dio pruebas de inteligencia y valor, es la de Satán: "¡Vas a ver lo que es un hombre!"

Y comienza el baile de la deshumanización. Primero con la brutalidad inaudita del choque inicial con el universo concentracionario, presentado como universo definitivo del detenido: "*Dieses block ist dein heim.*" La ruina psíquica, mucho más interesante que la ruina física que sólo la duplica, se va persiguiendo hasta el "gumi" en condiciones mentales y morales que prohíben cualquier escape hacia lo humano: privación de cualquier posibilidad de dar o recibir una muestra de ternura, valor, inteligencia; hundimiento del ser en el horror.

Se negaban los lazos del amor más elemental: inmediatamente se separaba a una hija de su madre, a dos hermanas, con una brutalidad que excluía una caricia, un gesto de despedida: pérdidas para siempre en el mismo campo. Una madre judía que acababa de parir estaba obligada a escoger entre: matar en el acto al niño o aceptar la cámara de gas para ambos.

"*Nacht und Nebel*". Todo contacto roto con el mundo exterior: ni una carta, ni un paquete, ni siquiera uno anónimo de la Cruz Roja. Toda solidaridad prohibida por la organización sistemática del odio: exasperación de los instintos elementales en un estado en el que la "lucha por la vida" es una necesidad constante, exasperación de los antagonismos de razas, nacionalidades, religiones. Las palabras que tienen un sentido amistoso hasta para los animales, allí estaban vedadas. El lenguaje de los

campos depurado de cualquier cosa que no fuera el insulto.

La posibilidad de lucha hubiese sido contraria al sistema, por el solo hecho de mantener un potencial humano. Por eso, se cuidan mucho de proporcionar un lugar de lucha y un adversario por combatir. El S.S. casi no aparece, nos manipula de lejos, con los guantes puestos. Lo habían anunciado: "los encerraremos todos juntos y los dejaremos pulular y entrecorrerse como cangrejos."

Y así sucedió. Echaron a todos los detenidos en los vastos pudrideros de los campos: opositores políticos, religiosos, nacionales, delincuentes, bajo la férula de los criminales de los presidios alemanes.

El peligro no da miedo.

El peligro da razones al valor.

Allí no había peligro. Tan sólo una enorme supuración en la que nos pusieron a macerar.

Se trataba de volver el corazón-coraje tan vano, tan irrisorio como el corazón-amor, tan vano, tan irrisorio como el espíritu.

Salvo cuando las necesidades de la guerra se imponían, el trabajo era extenuante e insensato, el trabajo de Sísifo: acarrear piedras, amontonarlas; a la inversa, transportarlas para esparcirlas sobre el espacio de donde provenían; los días de lluvia, vaciar a paletadas el agua de las zanjas, quitar la nieve de los campos cubiertos de nieve.

En fin, empantanar al ser en una fealdad sin nombre: hasta el último horizonte, Birkenau, lugar maldito, era un fétido pantano de mierda, en cuyos enormes charcos se hundían los Blocks. Ni un solo árbol, nada verde, ningún animal, salvo, arriba, los cuervos de los cielos crueles. Y también los magníficos: los perros de los amos. Y una nota viva en el decorado emplomado: la llama lacre de los crematorios, cada vez más carmesí a medida que se cerraba la noche.

Así Satán cumplía su prueba: "Ecce Homo": la marioneta torcida y apesosa que mueve las mandíbulas sobre alimentos imaginarios; la enferma que soñolosa en sus deyecciones, y cuyas furias, sus únicas compañeras, la cubren de escupitajos; la madre que le roba la comida a su hija...

Satán tiene derecho a refirse.

Sin embargo, Satán es escamoteado.

...¡Oh mar centellante de la lejana infancia, mar celeste por el cual, un día, había de alcanzarse la otra orilla, mar inmenso y traslúcido, aquí, en la ribera de este pantano pegajoso, vuelves a estrellarte, radiante como antaño, y el barco de la infancia zarpa!

Sí, fuimos fantoches llenos de odio y asco, y, sin embargo, ¡Señor! (¿Cuál Señor?) no pasó un solo día sin que se esperara el instante de felicidad, ni un solo día en que lo sobrenatural bienhechor no fuese otorgado y reconocido, rompiendo el corazón de gratitud.

En ningún otro lugar se manifestó con semejante destello la belleza de tu misericordia y de tu amor.

Satán no venció nada.

Coronado de espinas y mancillado de escupitajos:
¡Ecce Homo!

EL SUFRIMIENTO

Si bien "el combate con el Ángel" implica dolor hasta el punto que algunos acaban acorralados en el suicidio o en la demencia, no obstante, estos dolores se sitúan en la cima de lo humano. El ser cae en la tentativa, esforzándose en rebasar el presente para alcanzar lo que cree ser su porvenir. La humanidad siempre advirtió la índole sagrada de tales dolores. "Sus razones se inclinan ante el misterio..."

El sufrimiento es de otro orden. De manera radicalmente distinta, reduce al ser a su volumen de carne, lo confunde con las necesidades de su naturaleza, lo ata a la más elemental animalidad.

No significa combate. Terminado el combate, se apodera del ser en algún lugar degradado y para consumir la degradación: tener hambre y, al mismo tiempo, sarna y disentería, caminar incansablemente sobre las llagas de los pies, ser golpeado e injuriado, y cuando al fin, tras el agotamiento, uno se acuesta a dormir con la cabeza debidamente puesta sobre los zapatos, ser levantado a latigazos para un "strafe-apel", y aguantar los cuchillos del frío durante largas horas de la noche, o no poder lavarse después de limpiar la mierda (resumen de una habitual "orden de noche"), todo eso le vacía a uno de cualquier humanidad, le reduce a algo que no tiene nombre, a una plaga que estuviera consciente de su fiebre y sus venenos.

Y no hay nada qué hacer, salvo padecer el sufrimiento hasta que se retire hastiado, y entonces uno se desploma de narices en la nieve del camino o en el lodo de las letrinas. Entonces, lo levantan a patadas para formarlo contra un muro, pero ya le da lo mismo y espera con paciencia la carreta del horno crematorio, se siente inmortal, pese a los ojos exorbitados y la boca abierta.

"Qué sentido tiene ser desgraciado de esta manera", repetía Jeannette. A la pequeña, le hubiera reconfortado que eso tuviera algún sentido.

Precisamente no tenía ningún sentido y allí estaba el colmo del verdadero sufrimiento: la pura pérdida.

¡El corazón lacerado por la furiosa e impotente rebeldía de los que son la presa y la burla del sufrimiento! ¡El feroz! ¡El inepto!

Pero una noche, cual un relámpago, a lo largo de los años pasados y por venir, surgieron todos esos innumerables que habían sufrido, que iban a sufrir un

sufrimiento idéntico en su maldición y absurdo y, a partir de ese instante, a causa de ellos, me pareció que nuestro sufrimiento encontraba alguna justificación.

¡No nos habían condenado a rebasar la ociosa compasión que tan fácilmente admite para uno el privilegio de no sufrir, que tan fácilmente reserva a los demás un sufrimiento que agravamos con nuestras condolencias, para padecer, pero sin poder imaginarlo, junto con los esclavos, los galeotes, los niños hambrientos, los viejos vejados y el burro de la noria que da infinitas vueltas en el jardín de la infancia?

Me acuerdo de un llamado, una noche "zu fünf", inmóviles, con el viento helado y mortal abriendo la carne viva. No sufría menos, pero esta vez lo hacía legítimamente, me parecía, a causa de los negros linchados y de esas piedras que también abrían su carne.

O, al considerar las llamas ostentosas a las que nos creía ineluctablemente prometidas, me llegó a la mente la imagen de un antiguo misionario contemplando el fuego del festín al que estaba destinado, y me pareció que juntos podíamos desprendernos de una situación tan fatal e incluso apreciar su cariz bufoesco.

Así, al encontrar mi lugar en la cadena de los innumerables sufrimientos, aunque los míos no fueran menos feroces ni menos ineptos, mi condición de sufrimiento dejó de parecerme feroz e inepta, incluso comenzó a parecerme privilegiada, pese a que hoy no sabría cómo llamar semejante privilegio.

Preso en la trampa de los lobos, encadenada como galeote, dejaba de ser única. Ya no era yo misma. En el "gumi" me habían convencido de mi humildad.

El tiempo de la rebeldía había concluido.

Comenzaba el tiempo de la paciencia y el aprendizaje de la muerte.

Dejar de empecinarse en ser y en cambiar.

Renunciar a mi voluntad.

Aceptar que Tu voluntad se haga.

Agradecer que Tu voluntad se haga.

Entonces creí comprender que el dolor de los poetas no es "capital", las sublimes angustias en el Jardín de los olivos, insuficientes; entonces creí ceñir la necesidad de la Cruz y de los Clavos, de la subida al Gólgota con un cuerpo extenuado y sudoroso, un corazón ahora incapaz de hacer milagros, pero empeñándose a hachazos en el pecho como hacen todos los corazones que se empeñan.

EL MIEDO

Entre todos los males, el más devastador fue el miedo.

El hombre común hace una mueca: ¿el Miedo? El valor lo derrota. Por supuesto. Eso mismo se repetía

quien había medido su valor en combates humanos, en una tierra aparentemente comprensible.

Allí nos dimos cuenta de que el valor sólo significaba algo para la gente bien plantada en el mundo.

¿Tenía sentido en Auschwitz el valor contra el maelström que lo engulle a uno? ¿Contra la demencia que se apodera de uno?

Ese miedo no era explícitamente miedo a la muerte. En verdad, la muerte no es tan terrible. Antes bien, era el Miedo sin nombre. Afloraba a la llegada. Apenas se entraba al universo concentracionario, se sabía que todo acababa de romperse, que la vida anterior acababa de desvanecerse y que sola, desnuda, nacida del instante, cegada por los proyectores, los gritos, los golpes siempre más certeros, había que abismarse en una enorme y estridente demencia, cuya faceta grotesca atizaba aún más el horror.

Mi compañera pregunta a dónde llevaron a su madre y a su hermana, de quienes la separaron a la bajada del tren. Le contestan entre risas: "están ardiendo". Ella no entiende e insiste. Le dan de golpes. Otra presa es quien le da los golpes.

La razón enloquece. Le faltan sus puntos de apoyo. La gente de aquí, para quien carecemos de misterio, parece dotada de una sensibilidad y una lógica distintas a las nuestras. ¿En dónde estamos? Entreveamos un mundo: desconocido, imposible de conocer, que, sin embargo, nos incluye y dispone de nosotros.

El ser se desmiembra.

En ese momento, en la debacle, es cuando se erige el miedo. Uno siente que brota de adentro, como si hubiese llegado la hora que siempre había estado esperando, agazapado en las entrañas.

El miedo original. El del niño cuando llega al mundo. El desconocido que se reconoce. La carne se estremece toda al reconocerlo como el caballo, al paso de la muerte.

LA SOCIEDAD

El espíritu sojuzgado no tenía otra opción que la de obedecer una orden a la que se sometía por una necesidad feroz.

El individuo podía negarse en sus adentros —en momentos excepcionales— y también morir. La colectividad de los vivos no podía sino obedecer.

Habitantes de ciudades aun devastadas, ¿cómo imaginar la vida cotidiana de seres repentinamente amontonados tras los alambres de púas bajo un cielo de hielo o fuego?

Los muertos se apilan en montones más o menos espaciados a lo lejos. Fuera de algunas horas de sueño, se trabaja a latigazos. El acto más elemental significa un sufrimiento. Respirar es en sí un sufrimien-

to a causa del olor. En esas condiciones precisas se constituyó la sociedad concentracionaria.

Es decir en qué tenazas la tenía la necesidad. Es decir que el espíritu humano —si pudiera hablarse de espíritu y de humano— no servía sino para ajustar a cada uno a la necesidad, con el menor sufrimiento posible.

No obstante, el Orden se irá estableciendo, el orden exterior, el orden social. El orden. El orden siempre es el nombre de un desorden. Nombrar el caos: es hacerlo entrar en el orden del caos.

El orden concentracionario no era sino la constatación de un estado realizado por la fuerza de las cosas y en contrasentido de lo humano: en una línea horizontal, las muertas apiladas, en una vertical y "zu fünf", las que aún estaban vivas. Luego seguían: los que los amos armaron de "gumis" para someter a los demás, los Kommandos de trabajo: un determinado número para cavar, otro tanto para cargar, descargar, aplanar... Y así sucesivamente, el orden fue perfeccionándose.

Porque la necesidad era espantosa, la sociedad que se constituyó, al igual que cualquier sociedad, para reglamentar el comportamiento de cada quien y de todos en función de la necesidad, era espantosa.

La plebe estaba quebrada en alma y cuerpo. En cuanto a la élite, era adecuada: élite de la vitalidad, la fuerza, la violencia, la crueldad, la bajeza; como cualquier élite, compenetrada de su superioridad y de lo bien fundado de sus privilegios, de sus "derechos divinos", de la diferencia de "naturaleza" que separa a los que tienen tres litros de sopa de los que sólo tienen un cuarto, a los que dan los golpes de los que los reciben; una élite, cuyo deber social más apremiante era la preservación y, por ende, el fortalecimiento de sus privilegios, al único precio que se conoce: en detrimento de la plebe.

En fin, una élite tan respetada por la plebe como por ella misma, con un respeto igual al embrutecimiento unánime.

Así establecida, conforme a las circunstancias, sin otra posibilidad de ser, indiscutible, sacando de todos para su provecho el máximo de esfuerzos con un mínimo de costos, sin que nunca algo en su funcionamiento se ponga en tela de juicio, dentro de un marco de seguridad invulnerable, esta sociedad concentracionaria ¿era una sociedad perfecta?

¿En dónde se cifra el secreto de su perfección si no es en la ausencia de "lo humano"?

El deportado no era sino un subhombre extenuado y tembloroso. El orden de la sociedad concentracionaria, dictado desde el exterior del grupo por la sola necesidad, era similar al orden de la naturaleza: orden virgen y yermo de lo humano, puro por despojado de esa necrosis que se llama conciencia e intro-

duce la inquietud, la duda, la elección, en fin, la destrucción.

EL INDIVIDUO

Si se hubiese podido contabilizar la calidad del comportamiento de cada uno, antes y adentro del campo, hubiese resultado aterradora la implacable degradación padecida por todos.

Sin duda, la lectura de semejantes encuestas habría mostrado que los seres humanos no son sino lo que las circunstancias toleran que sean, que en verdad no son nada y sólo existen en función de las condiciones de vida.

Esta ley sería justa, pero sólo de cierta manera: justa en lo general y en la justa generalidad medida "geométricamente". A las medidas hubiesen escapado, no los seres excepcionales, sino, simplemente, lo más común, inflexiones, huidas imperceptibles, que atestiguaran que la ley sólo es válida en función del orden terrenal, porque esas inflexiones y esas huidas remitían a una trascendencia, más allá de la tierra y la carne.

Si el infierno existiera, después de Auschwitz, yo creería que los condenados sólo existen como tales en función de las condiciones de la vida infernal. La ignominia absoluta del infierno volvería a los condenados absolutamente ignominiosos y esta condición de los malditos condenaría el Infierno a ser un lugar infinito y desesperadamente ignominioso.

Pero aquí no hay infierno.

Auschwitz no era el Infierno, porque, a pesar de todo, Auschwitz seguía siendo la morada de Dios y el individuo sólo estaba sojuzgado en su comportamiento exterior. En cambio, en sus adentros, por unos instantes, tenía la libertad de no someterse.

Apremiado, molido, torcido por la necesidad, sin embargo gozaba en sus adentros de milagrosos instantes de libertad inaudita, de impulso fulgurante, de dominación alada sobre ese mundo de mierda, en el que de nuevo caía fulminado. Pero, incluso en ese momento, en el fondo del alma empanada, subsistía algún secreto indescifrable porque no había tiempo de descifrarlo, y ese secreto permitía decir "no", no reconocerse como los sirvientes de lo real impuesto, y verse sólo como sus víctimas, probablemente miserables y culpables, pero víctimas a pesar de todo.

Es verdad, las circunstancias determinan el comportamiento del hombre y su comportamiento determina su moral, pero la moral no es sino el ajuste de su comportamiento o el comportamiento ajeno y el del Mundo.

En todo caso, se calló lo esencial.

Fuera de las circunstancias, el hombre es testigo

de otra realidad que, al igual que la de la naturaleza, no puede aprehender ni reducir, pero que nunca puede dejar de observar, y cuya Poesía atestiguan todas las edades y todos los lugares. Esta realidad, sólo la entrevé en una prueba única, privilegiada e incommunicable: el amor, la muerte y Dios, y lo libera del orden natural para elevarlo a otro orden, donde deja de ser "ajustado" para ser "revelado" y "cumplido" con una plenitud corroborada por una felicidad que rebasa todos los medios de expresión y desafía el tiempo y el sufrimiento.

LAS CIRCUNSTANCIAS SÓLO SON DIFÍCILES PARA QUIEN RETROCEDE ANTE LA MUERTE.

SAINT-JUST.

Las condiciones de vida producían estragos físicos y psíquicos, volvían a los seres insensibles, sumarios, brutales. Pero la devastación de los corazones dependía de la reacción frente a la muerte.

Los seres se perdían en la medida en que el pánico los precipitaba hacia la oportunidad de sobrevivir como si los empujara hacia la salida de una sala incendiada. La experiencia de Auschwitz demostró que éstos no sobrevivieron mejor que otros. Incluso en la práctica, el método es inconsistente. Cuanto más se abalanzaban sobre la vida a cualquier precio, tanto más se perdían, se vaciaban de lo humano; mejor aún, se convertían en la morada de una bestia inmundada y la noche los habitaba hasta en los sentimientos que se creen más nobles. Sólo quedaba esa noche opaca en la que oían clamar en sus entrañas a la bestia que se rehúsa a morir.

¡Con qué cadena los detenía la vida! ¡Y qué vida!

Pero también estaban las que sabían aceptar lo ineluctable con desprendimiento y serenidad. Conocí a varias, lo más a menudo jovencitas como la colegiala de Reims que se moría de agotamiento en "Revier" y recitaba "El lago" o "La oración de Ifigenia" para pasar el tiempo que le quedaba y que, a ratos, se antojaba muy largo...

Cuanto más estaban desprendidas de la vida presente y más consentían frente a la muerte; más parecidas a sí mismas permanecían y más eran.

En Birkenau el individuo comenzaba a nacer en el momento en que podía saludar a su muerte.

Reparé en una mujer notable, empezando por su belleza.

Ese día, anotaban nuestras edades.

La regla era rejuvenecerse, porque el horno esperaba a las más débiles y a las mayores.

Dijo: "45 años".

Yo le reclamaba: "Hubiera podido anunciar diez años menos".

Me contempló con sus hermosos ojos claros: "Es

mi edad". "¡Qué más da! Ya sabe, 45 años es una mala edad".

Se rió: "¿De veras cree que ellos pueden cambiar algo?"

¡Su risa era tan ligera! Siempre la seguiré oyendo. En efecto, "nada podían cambiar".

Toda esa sangrienta y grotesca maquinaria de Gran Guñol, en verdad, no podía cambiar nada.

Sur Fraiü Baier.

SOLIDARIDAD, CARIDAD —LOS COMUNISTAS

Fueron el honor de los campos.

La virtud comunista de solidaridad subsistió hasta en la jungla de los campos y a ellos los mantuvo eruidos.

Un día en que se recibió un excepcional suplemento de comida, entre un grupo de seis comunistas, asistí al reparto del suplemento en seis partes iguales; la sexta parte era irrisoria pero, en ese lugar, cifraba un símbolo deslumbrante de fraternidad y civilidad.

¿Cómo ellos no se dejaban vulnerar?

Admiraba esa fuerza incorruptible.

Pero, si la admiraba, ¿por qué no me tentaba? ¿Era caridad?

No. A primera vista, era algo más simpático, más viril, algo así como "nobleza obliga".

Y eso explica en seguida por qué no estaba yo tentada.

Vanidad de vanidades.

Mi admiración es de cenizas. Su orgullo y su valor no son sino atributos de la nada. Si la inspiración de esos gestos sólo proviene del volumen de carne, también capaz de inspirar la tortura y la vejación, entonces, no merece mi respeto y poco me importa. ¡Me importa un bledo que el hombre sea el porvenir del hombre! Dios es el único porvenir que me convence.

Sin Dios, poco me importa amar al hombre. Sin Dios, todo está negado. El esplendor del Mundo y su fealdad extrema pesan el mismo peso de absurdo. El S.S. con su cuchillo, su perro y su fusil, la presidaria con sus harapos y sus sueños de comida, son igualmente grotescos y asqueantes.

Encerrada en mí misma, apretujada entre otras miserables, no hallé sino un odio sin fondo que sólo podían temperar el cansancio o un recrudescimiento del espanto que nos empujaba hacia los más cercanos como animales azorados de un mismo rebaño.

El odio es el sentimiento esencial del campo. En el pantano de Auschwitz, su fuego pestilente debía derrotar el fuego de los crematorios a los ojos de los ángeles. Odio sin objeto o, mejor dicho, indiferente hacia cualquier objeto.

Sin embargo.

El amor logró visitar ese fondo del infierno.

¡Rebasar el estadio de la náusea que se creía insuperable para entrar en el mil veces más atroz del odio! ¡Ser ese maldito sin esperanza y sin deseo de esperanza! Y luego...¿Quién dio el paso?

Los ojos que ya sólo se creían destinados a arder, ven, y ven...un rayo, una nube que pasa.

¡Oh, los ojos corroídos, de pronto sensibles a la hermosura de la noche y anegándose en ella!

El tiempo se estira en la plaza central. Hace rato, en el anverso del mapa del universo, en la plaza estancada, sólo había una llaga reducida a su purulencia, y ahora la belleza de la noche infinita tomó el lugar de la llaga.

El sol se pone. La Paz de la noche. La antigua, la futura, la presente. Toda la violencia abolida. Poco a poco, voy recobrando mi lugar único y predestinado entre esas mujeres, mis compañeras de promoción en la escuela del sufrimiento, de pie, en su lugar único y predestinado.

Fuera del alcance de cualquier compasión, no son sino el objeto de un amor infinito y liviano...

EL CAMINO DE LA HUMILDAD

Apenas llegamos al campo, nos despojaron de todo. Nos raparon en todas partes. Lo hacían rudamente otras presas dirigidas por kapos aullantes. Cuatro o cinco hombres S.S. supervisaban. Pasaban y volvían a pasar, aparentemente indiferentes, entre el rebaño transido, estúpido, humillado. Todo era tan lamentable y tan repugnante que, a partir de ese momento, el asco tomó el lugar de cualquier otro sentimiento. Un asco que ni siquiera el odio logró destronar. Me resultaba imposible considerar a esos "Amos" como "semejantes". Así escapaban a mi moral y a sus leyes. Sin duda eran lo que podían ser, pero, en mi relación hacia ellos, no cabía otro sentimiento fuera del asco del que se creyó noble hacia el ignominioso.

El desprecio era tal que, por más espantosa que era nuestra condición, nunca la hubiese cambiado por la suya. Me acuerdo de un día de trabajo particularmente cruel en Birkenau: llovía a torrentes. Nos hicieron ir, regresar, esperar, volver a salir, ir por palas, picos, "tragen", para finalmente ordenarnos que vaciáramos el agua de las zanjas —con palas y bajo semejante diluvio. Los tobillos heridos sangraban, el viento mordía las manos llagadas con sus colmillos de perro, el agua caía sobre las cabezas rapadas y las espaldas escasamente vestidas.

Por primera vez, lloré de pena como un niño. Por un instante, mis ojos llenos de lágrimas se cruzaron con un guardia sereno, seco al amparo del alero de una barraca, con guantes de lana, los pies protegidos, cómodo, fumándose una pipa. Imaginaba cuán deli-

ciosa era su situación... el tiempo de un relámpago. Por más moribundo que estuviese, mi ser se sublevó y me dí cuenta de que su miseria se me hacía más intolerable aún que la mía.

Con el tiempo. El desprecio es un sentimiento activo, que juzga. Sin embargo, poco a poco fue mudándose en un sentimiento negativo, en un profundo desinterés. El desinterés ya no juzga. Ignora.

Además, lo que permanecía en un plazo imprevisible pero seguro, era el horno crematorio. Unas adolescentes —siempre las oíré— se preguntaban pausadamente: “¿Crees que sería preferible antes del invierno?...”

Los hornos dominaban los cuatro costados del cielo. El pesado humo grana se desenrollaba desde la boca de las chimeneas para expandirse con complacencia sobre nuestras filas mientras pasaban lista. Pero, de noche sobre todo, era cuando funcionaban a todo vapor.

Las compañeras se derretían. A las muertas, las veíamos a cada rato, esqueletos, el “Revier” era una fosa común, todavía vivas, mezcladas con las muertas. Lo excepcional era seguir sobreviviendo.

Así embestidas por la muerte, las condenadas reaccionaban de dos maneras encontradas: unas se empeñaban en vivir con todas las fuerzas del instinto, otras —debilidad o desdén— ya transitaban el camino hacia la muerte.

La muerte se volvía la vara de toda medida, todos

los movimientos del alma y del cuerpo se acompañaban a ella. De esta manera subordinado a la muerte, todo lo efímero, lo transitorio, de la vida carnal, poco a poco iba cobrando su insignificancia: presos y custodios, verdugos, perros de verdugos, todo acababa por aparecer esencial e igualmente consumible. La muerte conciliaba a los enemigos, sus odios, sus carnes, sus seudosentimientos, en una nada perfecta, los disipaba en un mismo humo, rápidamente evaporado en unos cuantos metros del espacio, en algunos segundos del Tiempo.

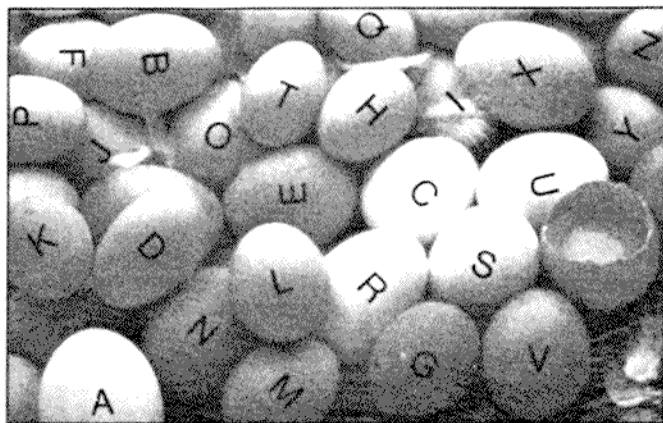
¡Qué importan Mengele o la Borman en mi eternidad! ¡Qué tienen que ver en esta escena durante la cual lo eterno me interroga y me juzga? ¡Comparsas del azar, verdugos de la ocasión!

Para la historia, sus crímenes se llamarán Auschwitz o Belsen, y es justo. Para Dios “que penetra los corazones y los espinazos”, ¿cuáles son sus fechorías y, quizá, sus gracias?...

En esos tiempos, después de alcanzar el fondo del pozo de la agonía, en el mero fondo del pozo de las tinieblas y la agonía, puedo recordar que nos sentía a todos abismados en el mismo abismo e igualmente acechados por la nada.

Y cuando eso de nuevo suceda, cuando de nuevo esté en mi “última orilla”, en el despojo final, hermano del despojo de ellos, entonces, quizá broten las palabras que hoy no puedo pronunciar:

“Señor. Perdónanos.” ◀



Poema visual, 1989